

DE LA AUTORA DE LA «SAGA VANIR», «AMOS Y MAZMORRAS» Y «EL DIVÁN DE BECCA»

LENA VALENTI

ÉL BUSCA A SU REINA. ELLA RETARÁ AL LOBO

# MARCADA POR LOBOS

LA ORDEN DE CAÍN, 3



Cami Bonnet tenía todo lo que quería. Su vida era tranquila, se dedicaba a su popular canal de cocina, ni quería ni necesitaba amoríos y se sentía segura dentro de su zona de confort, a pesar de formar parte de la sobrenatural Orden de Caín. Aún se le desconocía su gracia, esa habilidad con la que Lillith bendecía a sus hijas, pero esperaba que, con el tiempo, se le despertasen los recuerdos para ser un activo más para los suyos. Hasta que escuchó de nuevo los aullidos, los mismos que, de pequeña, la animaban a visitar las entrañas de las montañas, Esta vez, esos aullidos la iban a cambiar para siempre, y la adentrarían en una naturaleza de la que, aunque quisiera, jamás podría escapar.

Una no huye de los lobos si está hecha para correr con ellos.

La batalla continúa abierta, la Orden se organiza y cada gracia de las Bonnet les da más posibilidades para alcanzar su objetivo. Cada paso, cada decisión formará parte de una jugada estratégica para avanzar y comerle terreno al Inventor.

Si la brújula Shipton marca el camino, llegó la hora de que entren nuevos jugadores a la partida.

**Y Lillith dijo:  
«Una mujer libre siempre corre  
con los lobos».**

## Prólogo

En los albores del tiempo, cuando se originó todo, el Creador inventó al hombre mediante el barro y la arcilla de ese mundo hermoso y sin igual que había ideado. Un mundo increíble, con mares, con vergeles naturales, desiertos, todo tipo de fauna y naturaleza, estrellas, galaxias y universos insondables. Era, sin atisbo de duda, el cónclave perfecto en el que iniciar un proyecto de vida. A ese mundo le dio vida y creó el Tiempo para que todo tuviera un ritmo evolutivo.

A su protagonista, a ese primer hombre que seguiría ese ritmo, lo llamó Adán. Pero Adán por sí solo no podía evolucionar, y decidió crear también, de la misma arcilla, a un ser femenino, llamado Lillith, para que entretuviera a Adán y siguiera sus premisas. Porque Adán era el hombre y era a él a quien se debía obedecer.

Pero la esencia de Lillith era distinta a la del primer hombre. El mundo que el Creador ofrecía a Lillith era una realidad de obediencia en la que Adán debía ser su amo. Lillith se negó a yacer bajo el yugo y el sexo de Adán, porque ella odiaba someterse pero, lo que más detestaba era ser consciente de que era libre y no serlo. Así que, aburrida del hombre y del mundo que el Creador le ofrecía, se opuso y se rebeló a ello, rechazando su vil juego y luchando por su propia liberación.

Pero al Creador todo aquello que lo desprestigiara y que osara a enfrentarse a él, le parecía una ofensa. Como castigo, la desterró a otra dimensión. Sin embargo, Lillith era inteligente y, sobre todo, estaba despierta y era la única que conocía el verdadero nombre del dios. Conocer su nombre la hacía inalcanzable para el Creador, porque si uno conocía el nombre de aquel dios, podía encontrar la manera de quitarle todo el poder. Ella podía viajar entre

mundos y dimensiones, y decidió que, aunque podía encontrar la llave y escapar de esa cárcel en la que el Creador la había atrapado, se quedaría en ella para liberar y persuadir a otros y otras a que despertaran.

Lillith fue perseguida por el Creador, pero este nunca podía dar con ella, dado que la esencia de esa primera mujer conocía un lenguaje mucho más antiguo y de un lugar más lejano que aquel que el Creador había construido, y siempre se escapaba de su acecho. Gracias a su conocimiento de los entresijos de aquella dimensión, Lillith urdió un plan para ayudar a la segunda mujer del Creador a que despertara como ella. Porque, obviamente, llegó una segunda mujer para Adán. Eva. Eva era una mujer sumisa y hecha a medida de Adán y de los designios del Creador. A Lillith le iba a costar acceder a Eva si ella no tenía un poco de curiosidad antes sobre ese mundo en el que se encontraba encerrada. Por eso tomó la determinación de transformarse en serpiente y aparecer en las ramas del árbol del conocimiento cuyos frutos, manzanas rojas y suculentas, serían prohibidos y considerados pecados, dado que ofrecían respuestas y secretos sobre quiénes eran ellos y quién era el dios de aquel universo. La serpiente tentó a Eva, y esta mordió la manzana y se la ofreció también a Adán, temeroso al saber que Eva había violado las leyes de su Amo. Cuando el Creador descubrió la afrenta hacia él y su proyecto, decidió castigar impunemente a sus dos creaciones. Los expulsó del supuesto Paraíso y los abocó a una vida de tiempo, trabajo, sufrimiento y muerte hasta que fueran dignos de nuevo de su aprecio.

Y en aquel mundo con un espléndido sol y una mágica luna, pero lleno de trabajo, mortalidad y sacrificios, Eva y Adán procrearon como esperaba el Creador. Dos nuevos humanos ocupados por nuevas almas y esencias de otras dimensiones nacieron de su unión. Se llamaron Caín y Abel.

De todos es conocido que Abel era el bueno y Caín el malo. Abel era el bueno porque obedecía al Creador y hacía todo lo que tenía que hacer para complacerle. Mataba a animales para ofrecérselos, dado que al Creador le encantaban los sacrificios. En contrapartida, Caín no quería matar animales, él los amaba, así que le ofrecía al Creador flores y frutos de la tierra.

Abel no era malo, solo era obediente y hacía lo que se le decía porque amaba al Creador.

Caín, en cambio, respetaba y amaba aquel mundo pero no entendía porqué se debía sacrificar a seres vivos para complacer al dios. Pensar sobre ello le hizo despertar y darse cuenta de que vivía en un engaño. Un dios que exigía muerte para satisfacerle no podía ser un buen dios. Eva, Adán y Abel no eran sino peones de aquel maquiavélico matrix en el que se hallaba. Y él no era Caín, era otra cosa que no recordaba, pero aquella vida no era la real ni era la suya. Por ese motivo, para poner a prueba al Creador, Caín mató a Abel a sabiendas de que nada de aquello era verdadero y de que todo era un juego que sucedía impulsado por el tiempo del Creador, ajeno al verdadero Reino del que él y todas las almas atrapadas en su juego llegarían. Su acto, marcó a Caín para el resto de la historia de la humanidad como el primer homicida. El Dios Creador castigó a Caín y lo marcó para siempre con la oscuridad. Lo obligó a desear la sangre de por vida, para toda su inmortalidad. Le dio colmillos y le dijo que ya que él no había cazado ni matado en su nombre, ahora tendría que derramar la sangre de otros para existir. Y lo convirtió en el primer depredador, el más salvaje y frío de todos. Así nació el primer vampiro: Caín.

El Creador desterró a Caín al Nod, un submundo entre dimensiones plagado de misterio, y seres que él, en su creación, había despechado por no ser aptos para su mundo. Pero lejos de ser un castigo para Caín, el condenado comprendió que él se haría el Rey de ese mundo,

igual que Lillith era Reina de la oscuridad y de los que eran como él.

Él podía. El Creador no era capaz de aniquilarlo porque Caín, despierto, ya era inalcanzable para él y no podía hacerle daño, aunque estuviera oculto y encerrado.

Lillith, que entonces podía abrir las puertas de todas las dimensiones del Creador, decidió ir en busca de aquel que, como ella, había descubierto el engaño. Lillith y Caín juntos, crearon varias razas de seres para dejarlos en la Tierra, mezclados con la humanidad, para ayudar a destruir esa cárcel del Creador y estimular a los humanos al despertar y liberarse de esa opresión de sus almas. Pero el Creador no se iba a quedar de brazos cruzados mientras otros querían sabotear a su mundo y a los suyos, así que usó sus propias armas y se valió de su magia para crear en la Tierra a otro grupo de humanos poderosos e iniciados que persiguieran todo tipo de herejías contra él, y cazaran a los culpables, encerrándolos o aniquilándolos para siempre. Los hijos de Caín y de Lillith, los Lilim, fueron perseguidos hasta su desaparición final, borrados de la faz de la tierra.

Sin embargo, lejos de dejarse hundir por la derrota y la pérdida, Lillith y Caín, cuyos objetivos eran claros e incansables y que no podían ser eliminados por el Creador, ya que ellos eran completamente libres, decidieron urdir otro plan. Entendiendo que tal vez los Lilim no podían triunfar solos en un mundo así, creyeron que el despertar total de la humanidad para salir de ese juego lleno de artimañas dependía de los mismos humanos. Solo una conciencia humana podía destruir esa invención divina, dado que el humano era el mayor invento del Creador. Por eso dedicaron su existencia a captar todas esas mentes humanas que se cuestionaran su propia realidad y su ser, y se presentarían ante todos aquellos que rechazaran las leyes de ese mundo y a su Creador.

A cada uno de esos humanos que Lillith captaba, le ofrecía un cáliz con sangre de Caín. Beberla tras renegar de ese universo falaz les ofrecería la inmortalidad, les otorgaría cambios y dones que debían aprender a controlar. Ellos serían los protectores de la verdad e intentarían ayudar a todos aquellos humanos que en su curiosidad intentasen abrir los ojos a la verdadera vida.

Todos a los que Lillith captaba, entraban directamente a formar parte de un grupo muy hermético llamado la Orden de Caín, conformado por vampiros originales hijos de la sangre de Caín y del mordisco de Lillith.

Desde entonces, los miembros de La Orden de Caín caminan en nuestra realidad, entre nosotros, y nos vigilan, expectantes, esperando a todos aquellos que intuyan la verdad y que quieran ir un paso más allá: vivirla.

Y vivirla implica cambios, mordiscos, sangre, guerra, decepciones, muertes, resurrecciones, despertares y conocer de primera mano la batalla más antigua y original de todos los tiempos. Una batalla que han negado y han tergiversado tanto que han hecho creer que se trataba solo de una burda ficción religiosa.

Pero la realidad siempre supera la ficción.

El pecado empezó con un mordisco.

Pero el mayor pecado de todos es no pecar.

Quien esté libre de culpa, que tire la primera manzana.





# Capítulo 1

## ***Edimburgo En la actualidad***

En la actualidad

Erin acariciaba el collar de Alba, feliz de tener a su hermana ahí con ella, viva, emparejada y vampira. Alba había dejado su humanidad atrás, y su mortalidad. Su don estaba claramente bajo control y estrenaba colmillos. Por un momento, Erin pensó que Alba le reprocharía su nueva vida. Pero nada más lejos de la realidad: su hermana era, sin lugar a dudas, una mujer satisfecha con su nuevo papel dentro de su nuevo mundo. Ella y Daven encajaban de ese modo que encajaban las cosas mágicas. Y juntos eran hermosos e inspiraban confianza, fuego y dulzura.

Hacía dos días que Alba había regresado de Asturias.

La Orden se encontraba reunida en Blackford, todos, incluso Cami y Astrid, porque tenían cosas que debatir.

Cami no dormía bien, las pesadillas no la dejaban descansar y Eyra se estaba encargando de ir por las noches, sin cruzarse en ningún momento con Astrid, para darle infusiones para conciliar el sueño.

Y Astrid estaba preparando una web de registro de la Orden de Caín. Una web especial a la que solo, aquellos que vieran el sello de El Llamado que se había grabado en cada uno de los libros, los indicados, seguramente, se registrarían. Había un código QR invisible que solo un miembro de la Orden podía ver si conocía los sellos y sabía cómo revelar lo que había escondido. Los que lo hicie-

ran, se dirigirían a la web que estaba preparando Astrid. Porque necesitaba concentrarse en algo, más que nunca.

Pero lo más importante que debían hablar en la reunión era lo que estaba pasando con la brújula Shipton. La noche anterior, uno de los sellos que señalaba sus agujas se había iluminado. La brújula tenía alrededor muchos sellos originales que representaban todos aquellos Lilim ocultos en la realidad y encerrados por el Inventor.

Viggo tomó la brújula y la mostró a todos dejándola en el centro de la mesa. Un sello de formas estrambóticas parpadeaba con una luz roja.

—La Legión del Inventor cada vez tiene más medios para atacarnos. Sus símbolos intentan anular los nuestros. Las familias de acólitos han conseguido durante mucho tiempo resguardar objetos poderosos que nos pertenecen. Gracias al grimorio de Olga hemos descifrado los apellidos de esas familias, pero estos han ido evolucionando a lo largo de los siglos. Queremos recuperar esos objetos —dejó claro—. Días atrás se rompió un límite y se abrió un velo al invocar físicamente a un demonio del Íferus. Nosotros no tenemos jilgueros y nunca hemos estado en contacto con ellos. Pero nos tenemos los unos a los otros y tenemos a las Bonnet. Alba —señaló a la susodicha— consiguió devolver al Nixe a su lugar, a su dimensión. Pero este hecho, aunque haya tenido un final feliz, no deja de ser preocupante. Están abriendo la puerta —sentenció el vampiro—. Ya no les bastan sus peones. Van a empezar a echar mano de sus generales, sus tenientes, sus capitanes... Y empezarán a mover otras fichas, ahora que nosotros tenemos a mano otras informaciones. Se están dando prisa y saben porqué... La lectura que Erin ha hecho de este sello, que no deja de iluminarse en la brújula, se asocia a uno de los clanes de Lilim que nombraba el Grimorio que habían caminado por la tierra en otros tiempos y que habían coincidido con vampiros, brujas y otras entidades que se habían enfrentado a la Inquisición para conseguir

la libertad y romper las cadenas de esta realidad. Y debemos sacarlas de donde sea que estén, porque les necesitamos. Ahora nos toca a nosotros y debemos poner todos de nuestra parte.

Cami, que estaba medio protegida entre Eyra y Astrid, asomó la cabeza para divisar el sello que decían que titilaba, mientras se mordía la uña del pulgar. Y entonces giró la cara, porque no quería saber más. Estaba agotada. Y, sin embargo, volvió a mirar la brújula, y su mano salió disparada hacia ella cuando lo único que pretendía era alejarse.

Todos se quedaron asombrados con su actitud. Pero dejaron que la sostuviera porque era la primera vez que Cami parecía querer inmiscuirse en los asuntos de la Orden.

Sin embargo, no quería. Pero esos tambores y esos ruidos la hipnotizaban.

—¿No los oís? —preguntó temerosa—. ¿Soy yo la única que los oye?

Astrid se acercó a Cami y la sujetó por los hombros.

—¿El qué, cielo? ¿Qué tenemos que oír?

A Cami aquella mezcla de percusión, ruidos y extraños sonidos la dejaron arrobada, sometida por la brújula de hermosa factura, mezcla de cobre, oro e intrincados fondos donde resaltaban sellos como si fueran puntos cardinales. El símbolo parpadeaba con fuerza, de un modo subyugante.

—Los aullidos —contestó, antes de poner los ojos en blanco y empezar a convulsionar.

Como cuando le daban los ataques epilépticos de pequeña.



## Capítulo 2

### ***En el pasado Asturias***

Era una niña. Siete años tenía la famosa noche en la que su supuesto sonambulismo la alejó del calor de su casa y la protección de su hogar. En su fuero interno, Cami sabía que mamá Olga le tenía prohibido salir por las noches al bosque. Y aunque era cierto que podía ser un poco sonámbula, esas salidas no se debían a su afección nocturna. Las hacía por voluntad propia.

Sabía que estaba mal desobedecer a mamá, y también sabía que la montaña no era lugar para ella, y menos bajo la atención de la luna. La casona en la que vivían en el pueblo se hallaba rodeada de territorio de caza, y los cazadores, mucho más salvajes que los propios animales, disparaban a cualquier cosa que se moviera entre árboles y matorrales. Y acumulaban denuncias –que dicho sea de paso nunca se atendían– en los Ayuntamientos de toda la Comunidad. Pero eso a ellos les daba igual, porque preferían las cabezas de los animales, las pieles, los colmillos, o sencillamente el ego que se les inflamaba al poseer cadáveres como trofeos, que la seguridad de los que allí pudiesen vivir. Por eso muchos salían con nocturnidad y alevosía, esperando sorprender a sus presas en su descanso. Porque así era más fácil.

No era la primera vez que mamá Olga le advertía y que cerraban su habitación con pestillo, dado lo proclive que era Cami en sus escapadas. Pero había algo dentro de ella que la obligaba a salir, incluso sin ser consciente de ello.

Algo que, por mucho que tratase de comprenderlo, siendo pequeña como era, no podía controlar: una necesidad, un llamado, un susurro que la atraía a las entrañas del monte, a pesar de las amenazas, de las alertas en los carteles, de las prevenciones de su madre... Como si allí, afuera, hubiese algo que la reclamase. Las piernas de Cami se movían autómatas, su corazón latía con curiosidad y a gran velocidad para responder a ese llamado personal e intransferible. Algo la buscaba, algo pedía por ella, algo la quería ver y la necesitaba... Y era mucho más fuerte que el miedo y que todos los «no debería» que le repetían a diario. Para que su madre no se enfadase, recogería setas, dado que ella era la mejor encontrando las mejores, y si la reñía, le diría que había ido a recoger unas cuantas para su boticario y para hacer nuevas recetas. Se había preparado su bolsita que llevaba atada a la cintura, porque, si mentía, al menos quería preparar bien su relato.

Cami reconocía la masa forestal en la que se hallaba, porque aquella era su tierra y conocía bien el paisaje. Sabía que retomaría el camino a casa sin problemas, a pesar del frío que hacía y de la lluvia que empezaba a salpicar los árboles y la tierra húmeda.

Un aullido se le coló bajo la piel.

Lobos. Decían que el monte estaba plagado de lobos, de ahí que los cazadores usaran esa tierra como un parque de atracciones para ellos. Pero a la pequeña no le daban miedo los lobos. Le daban miedo los hombres con armas, los hombres que miraban a su hermana Alba como si fuera comida, los hombres que siseaban y silbaban cuando ellas, siendo aún unas crías, pasaban por delante. Ese tipo de hombres no le gustaban. Los lobos, los animales, feroces o no, en cambio, nunca le dieron miedo. Jamás.

El aullido se hacía más fuerte y más lastimoso. Ella no sabía hablar el idioma de los lobos, pero tenía la sensación de que realmente comprendía lo que le estaban diciendo.

Así que se apresuró. Corrió hacia el sonido animal y llegó al sitio que siempre solía visitar cuando esa llamada se repetía.

Porque se repetía. Muchas noches. Y ella siempre deseaba salir para verlos. Aunque supiera más bien poco de esos animales salvajes, Cami sabía que clamaban por ella. Y no tenía ni idea del porqué esto era así, pero así era.

La casona de las Bonnet estaba en las faldas de un cerro poblado de frondosos bosques de coníferas y abedules que crecían sobre superficie silíceas, a unos tres kilómetros alejada de donde ahora se encontraba.

La niebla cubría los pies de Cami y el olor a fresco invadía su pequeña nariz. Una nariz con una habilidad pronunciada para detectar cualquier tipo de esencia o aroma. De ahí que su madre Olga le dijera cariñosamente que era una maravillosa elefanta, dado que del reino animal eran los que mejor olfato poseían.

Fue esa habilidad la que le hizo sorber por la nariz aquella esencia fuerte y familiar, que la hacía estremecer. Iba a dar con ellos. Esta vez sí.

Hasta que el sonido del crujido de una rama la hizo voltearse.

No esperaba encontrarse con esos dos hombres en su salida nocturna. De hecho, no esperaba encontrarse con nadie.

Eran dos. Uno más alto que el otro, el alto calvo y el más bajito de mejillas rechonchas tenía un colmillo de oro. Sujetaban rifles en las manos, y vestían con ropa militar, oscura y estampado de camuflaje. Cami solo llevaba su chubasquero amarillo, sus botas de lluvia de color negro y la ropa de chándal que había llevado ese día.

El encuentro con esos dos individuos la paralizó. Sus ojos ambarinos y amarillos se agrandaron por la impresión, e inmediatamente el miedo recorrió cada centímetro de su pequeño cuerpo.

Eran hombres. Eran cazadores. Eran malos.

Su madre las había advertido sobre algunos de los habitantes del pueblo. Decía que no eran de fiar y que si estaban cerca de alguno de ellos que nunca les hicieran caso y que se fueran corriendo. Que debían darse la vuelta y huir.

–Mira... –dijo el del diente de oro pasándose el antebrazo por la boca húmeda–. El bosque nos ha traído a Camerucita.

El otro hombre asintió y sonrió maliciosamente.

–¿Qué hace una niña como tú a estas horas en el bosque? ¿No te han dicho que está lleno de lobos? –entornó los ojos observándola de arriba abajo.

–¿Cuántos años tienes? –quiso saber el otro.

Cami había empezado a temblar.

–¿Te has perdido? ¿Te llevamos con tus padres?

Ella hizo negaciones con la cabeza. No iba a irse con ellos.

Inesperadamente, el más alto de los dos se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo. Cami reptó como pudo y el cazador la sujetó por la pierna, de tal manera que le bajó el pantalón y le arañó el muslo con sus dedos. Cami gritó, levantó el pie y le propinó una patada con la suela en la cara para librarse de él. La pequeña fue lo suficientemente rápida como para huir de ellos y adentrarse todavía más en las profundidades del bosque.

El segundo se jactó de lo que veía.

–¿Será que tenemos nueva caza? –rio ayudando a levantarse a su compañero que seguía en el suelo con la huella de la bota de la chiquilla marcada en su afilada barbillas.

–Paso de los lobos –contestó el otro fijando su mirada aguileña en la muchacha que corría como si no hubiese un mañana–. Además, le hemos dado a uno de ellos. Ahora quiero ese trofeo con impermeable amarillo.

Ambos asintieron tácitamente, de acuerdo con su nuevo objetivo. Y procedieron a ir a la caza de Cami.